

tlí. Para reparar semejante catástrofe, los cuatro dioses, en el año 1 *tochtli*, primero despues del diluvio, crearon cuatro hombres llamados *Atemoc*, *Itzcoatl*, *Itzmaliyat* y *Tenoch*, penetrando por debajo de la tierra hicieron cuatro horadaciones hasta salir á la superficie superior; *Tescallipoca* se volvió el árbol *tescacuahuiltl*, *Quetzalcoatl* el árbol *quetzalhuexoch*, y hombres, arboles y dioses levantaron los cielos, sustentándoles firmes con las estrellas en la forma que ahora están. En premio de aquella acción, el *Tonacatecuhtli* hizo á sus hijos señores de cielos y estrellas, y el camino que ellos recorrieron *Quetzalcoatl* y *Tescallipoca* lo marca la Vía láctea. Despues de restablecidos los cielos, los dioses dieron vida nueva á la tierra nueva, muerta en el cataclismo. Al año siguiente, *2 acatl*, *Tescallipoca* dejó su nombre tomando el de *Mixcoatl*, culebra de nubes ó la tromba.»

En el pasaje se ve que no es á la Nebulosa sino á *Tescallipoca* á quien se le da el nombre de *Mixcoatl*; pero, más bien debe entenderse que el dios se identificó con la Nebulosa y tomó su nombre. Orozco y Berra, al copiar el pasaje de Fr. Bernardino llama «tromba» á la «culebra de nube;» pero éste es un error, porque la tromba ó culebra de agua no la llamaban *Mixcoatl*, sino *Acoatl*.

En el artículo *Mixcoatl* hemos hecho observar que los nahoas vislumbraron tal vez la inmensa relación que la Vía láctea tiene con nuestro sistema solar, pues en algunos de sus mitos se advierte que consideraban á la «Gran Nebulosa» como el origen de nuestro sis-

tema solar, lo cual forma hoy una hipótesis en la astronomía moderna.

No sólo como causa primera, en el orden material, consideraron los nahoas á la Vía láctea, sino como padre de la humanidad, y así vemos que el viejo *Ixtamixcoatl* ó «culebra de nube blanca» tuviera siete hijos, que fueron los padres de las diversas razas de hombres. (Véase IZTAMIXCOATL).

**Victimas.** La parte capital del culto azteca eran los sacrificios. Las codornices, langostas, mariposas y culebras apostaron con los dioses en Teotihuacan por dónde saldría el sol, y habiendo perdido fueron condenadas á ser sacrificadas. Las codornices, entre los animales, hacían papel principal. Los sacerdotes recibían al sol á su salida con música y alabanzas; cada uno de ellos arrancaba la cabeza á una codorniz, mostrándola sangrienta al astro en señal de holocausto. Las aves muertas servían de pasto á los ministros. En la fiesta de *Tescallipoca*, el rey arrancaba la cabeza á cuatro codornices, tirándolas á los pies del dios; en seguida los sacerdotes practicaban el mismo sacrificio, y luego todo el pueblo; el gran número de aves muertas era recogido por los criados del rey, quienes cocían ó asaban una parte para la comida del señor y de los ministros, salando el resto para que se conservara como cosa sagrada. *Huitzilopochtli* tenía también consagrados como víctimas, codornices y gavilanes. Se ofrecían á *Mixcoatl* conejos y coyotes. A diversas divinidades toda clase de animales, así bravos como domésticos, sin olvidar los peces y vivientes acuáticos. Según una res-

petable opinión.—«Las aves que á «sus dioses ofrecían, pocos las comían, antes las echaban á mal.»

En materia de sacrificios, como en todo su sistema religioso, los aztecas reunían lo practicado por los diversos pueblos. A la simple ofrenda de las flores y de los frutos hecha á *Coatlícue* y á *Centeotl*, restos de los cultos primitivos, juntaban como víctimas, ya la codorniz de origen chichimeca, ya los otros animales reminiscencias de los habitantes del antiguo Teotihuacan. Para colmo de monstruosidad presentaban también la víctima humana. La historia declara á los mexica culpables de este invento. En efecto, la mención auténtica que hemos encontrado en las pinturas de esta práctica feroz, corresponde á la primera parte de la peregrinación de la tribu. ¿Fueron ellos los verdaderos inventores del crimen, ó lo inventaron de pueblo más antiguo? Nada podemos asegurar con absoluta certeza. El instinto homicida, que en más de una vez dejaron traslucir en las mansiones de su viaje, fué parte para que las tribus les arrojaran de sus poblaciones y les persiguieran por la guerra; el sacrificio de los prisioneros chalqueses y el de la hija del señor de Colhuacan, determinaron su salida fuera del valle y su ausencia por muchos años. Fundada la Ciudad de México, la sangre de un prisionero colhua sirvió para inaugurar el humilde *momoztli* de *Huitzilopochtli*. En los años de esclavitud y de desdicha, el dios hubo de contentarse con alguna víctima furtivamente tomada en la tierra firme; mas cuando la tribu rompió el yugo y se hizo poderosa, la religión se-

cundada por la venganza encontró amplia cosecha en los prisioneros enemigos. Hecho público aquel rito, introducido á fuerza de armas en todos los pueblos sojuzgados, el número de las víctimas aumentaba proporcionalmente al poderío del imperio. Gústase la sangre y es bebida embriagante; el colmo del frenesí subió en la dedicación del templo mayor, reinando *Ahuísootl*. Llegada la idea á su punto culminante, había esperanzas, al menos, de que iría disminuyendo en intensidad.

De dos clases salían víctimas humanas, de los esclavos y de los prisioneros de guerra. Los esclavos que por tres ó cuatro veces habían mudado de amos á causa de haber huído ó de su genio intolerable, eran vendidos para el sacrificio: los donaban á los templos sus dueños, ó los compraban los devotos con el mismo fin. Las madres vendían á sus niños de pecho para ofrecerlos á los *tlaloque*, con el derecho que los padres tenían de vender á sus hijos caso de necesidad: se vislumbran algunos otros casos, aunque bien pocos, en que personas libres sucumbían sobre las aras. Abundaban en los mercados, *tianquiztli*, los esclavos de venta. En cada fiesta perecían tantos cuantos eran los númenes honrados en ella; pedía el rito que cada uno representara al dios á que estaba consagrado, y al efecto moría con el vestido, insignias y arreos correspondientes: la piedad ofrecía algunas otras víctimas.

Mataban y sacrificaban en una fiesta tantos esclavos cuantos de sus dioses venían á caer en ella; pero esto debe entenderse de los

esclavos de venta, que sacrificaban hombres ante los dioses y mujeres delante las diosas, y á veces niños. Mas de los esclavos en guerra, todos los que á la sazón tenían, sacrificaban y mataban, aunque fuesen mil, puesto que en diversas fiestas, diversas ceremonias hacían con ellos. Y para no sentir tanto la muerte, les daban cierto brebaje á beber, que parece los desatinaba, y mostraban ir á morir con alegría. Cuando el imperio estaba en paz y sobrevenia alguna solemnidad que pidiera gran número de víctimas, como en la coronación de los reyes, se emprendía una guerra bajo los más fútiles pretextos. Para tiempos normales, á fin de proveer á los dioses de carne fresca, concertamos los tres reinos coligados de México, Texcoco y Tlacopan por una parte, la república de Tlaxcalla, la ciudad teocrática de *Cholollan* y el estado oligárquico de *Huexotzinco* por otra, aquella célebre guerra mensual denominada *Xochiyaoyotl*, guerra florida, guerra religiosa ó de los enemigos de casa, en la cual recíprocamente se suministraban víctimas en cada una de las diez y ocho fiestas principales que al año tenían.

Los sacrificios de víctimas humanas eran de diferentes clases, existiendo diversas piedras á ellos destinadas. Para el sacrificio común la piedra se llamaba *techcatl*. Era un trozo de roca verde, de unos seis pies de largo, una tercia de ancho y de altura como hasta la cintura de un hombre, disminuyendo de alto á bajo en forma piramidal hasta rematar en un pequeño espacio; la figura estaba apropiada para que la víctima, tendida de espaldas enci-

ma, quedara con las piernas, brazos y cabeza colgantes, levantado en arco el pecho y bien tirante la piel.

Los ministros oficiantes eran seis: cinco destinados á tener los brazos, cabeza y piernas, y el último el sacrificador. Aunque tenían cuerpo y rostro pintado de negro con una raya blanca al rededor de la boca, las cabelleras erizadas y revueltas, ceñidas en la frente con una banda de cuero, que en la parte superior tenía una pequeña rodela de papel de diversos colores, vestían unas dalmáticas blancas labradas de negro, *papalocuachtli*. El nombre de los ministros era *chachalmeca*, como quien dice ministro de cosa divina. En cada una de las fiestas cambiaba de nombre y de traje el sacrificador; en la de *Huitzilopochtli* se nombraba *Topiltzin*, sinónimo de *Quetzalcoatl*. «El traje y ropa era una manta colorada á manera de dalmática, con unas florcaduras verdes por orla, una corona de varias plumas verdes y amarillas en la cabeza, y en las orejas unas orejeras de oro engastadas en ellas piedras verdes, y debajo del labio un bezote de una piedra azul.»

«Preparada la víctima, según las prescripciones del rito, cuatro de los oficiantes la tomaban de los brazos y piernas, y alzándola en alto la colocaban de espaldas encima del *techcatl*; el quinto ministro le ponía sobre el cuello una collera de madera, á fin de mantener colgante la cabeza, y tal vez para hacer refluir la sangre hacia el pecho. Pronunciadas las oraciones rituales, el sacrificador, armado de un agudo cuchillo de pedernal (*tecpall silex*), se adelantaba, hería sobre el pecho, metía la mano por la herida,

y arrancando el corazón palpitante, sangriento, exhalando vaho, levantaba la mano ofreciéndole al sol, y luego le tiraba á los pies del ídolo.

Respecto del corazón observaban muy diversas prácticas: quemábanle á veces y otras le colocaban sobre el altar en una vasija llamada *chalchiuhxicalli*; ya le enterraban, ya se lo comían los sacerdotes, ó bien le conservaban por algún tiempo con extrañas ceremonias. Con la sangre recogida en un vaso untaban los labios de los ídolos para que la gustasen y teñían con ella ciertas partes de los santuarios y de los templos.

La víctima era arrojada por las gradas del *tecalli* abajo. Si era prisionero de guerra, el cautivador con sus amigos la recogían, y llevándola al *calpulli* la destrozaban; enviaban la cabeza á los sacerdotes para que fuera colocada en el *Tezompantli*; el resto del cuerpo se conducía á la casa del dueño. Del cadáver se comían las partes carnosas; los desechos y las entrañas se arrojaban á las fieras. Hecha trozos la carne, la cocían con maíz, y á cada convidado daban una escudilla con un pedazo y su caldo correspondiente: llamaban á la comida *tlacataolli*. El convite era regocijado, terminando con alegrías y bebida de *octli*, pulque. «El señor del cautivo no comía de la carne, porque hacía cuenta que aquella era su misma carne, porque desde la hora que le cautivó, le tenía por hijo, y el cautivo á su señor por padre; y por esta razón no quería comer de aquella carne, pero comía de la de otros cautivos que se habían muerto.»

En honra de la verdad debe de-

cirse, que ese banquete no era un acto de puro canibalismo. Los mexicanos comían de aquella carne como de una substancia mística, en virtud de la transmutación que la víctima había sufrido en el sacrificio. Un autor nada sospechoso dice: «Luego tomaban al sacrificado y volvianselo á su dueño, con la carne del cual solemnizaban la fiesta, la cual carne de todos los sacrificados tenían realmente por carne consagrada y bendita, y la comían con tanta reverencia y con tantas ceremonias y melindres, como si fuera alguna cosa celestial, y así la gente común jamás la comía, sino allá la gente ilustre y muy principal.» Infiérese de aquí el sentimiento religioso que los aztecas daban á la carne de la víctima. Prueba además, que la práctica de comer la carne humana no era universal, supuesto que aquella vianda sólo se repartía á la gente ilustre y principal, al dueño del esclavo y al guerrero cautivador del prisionero con sus amigos y parientes, únicos que podían alcanzar una fracción de la víctima inmola-da. Si quien daba el festín tenía posibles, repartía á sus comensales mantas y joyas. Con el esclavo sacrificado se procedía de manera idéntica, aunque con menor solemnidad que con el preso en guerra.

En el teocalli mayor de México los *techcatl* eran dos, cada uno frontero de los dos santuarios de *Huitzilopochtli* y *Tlaloc*, y tan cerca de la escalera que con facilidad se podían arrojar por ella los cadáveres; de aquí resultaba, que del tajo hasta abajo había constantemente un regajal de sangre.

En el mes *Hueytecuilhuil*, la mu-

jer que representaba á la diosa *Xilonen*, cargada espalda con espalda por sacerdote, era degollada, le sacaban el corazón y lo ofrecían al sol.

En la fiesta de *Tlaloc* hacían morir juntos, por espacio de veinte ó treinta días, á un esclavo y á una esclava, cual si fueran marido y mujer; los sacrificaban, y los cadáveres eran enterrados en una hoya á manera de silo que en el templo tenían.

En el tiempo en que habían brotado los maizales sacrificaban dos niños, uno hombre y otro mujer, hijos de señores y principales, llevándoles á la montaña de *Tlaloc*, cortándoles la cabeza y conservando sus despojos en una caja de piedra como si fueran reliquias. En el mes *Atlacahualco* sacrificaban en los montes niños de pecho comprados á sus madres. En el mes *Atemostli* sumergían en el lago un niño y una niña, haciendo zozobrar la canoíta en que les colocaban. Cuando el maíz estaba un poco crecido, compraban cuatro niños de cinco á seis años de edad, y encerrábanles en una cueva, dejándoles morir de terror y de hambre.

En Cuauhtitlan, en la fiesta de *Teotleco*, levantaban seis grandes palos como mástiles de navío; sacrificaban dos esclavas, desollábanlas y sacábanles los huesos de los muslos. Dos sacerdotes se vestían los pellejos, y empuñando las canillas, bajaban bramando, paso á paso, del templo: la gente que los veía gritaba como espantada; «ya vienen nuestros dioses, ya vienen nuestros dioses.» Los dos sacerdotes desde abajo, adornados con cantidad de papeles, comenzaban á to-

car con las canillas sus *huchuetl*, mientras la multitud sacrificaba delante de ellos muy grande cantidad de codornices. Después, ataban en los palos seis cautivos; mas apenas bajaban los sacerdotes que les subían, hombres y muchachos disparaban sus flechas, hasta dejarles cuajados de ellas; volvían los sacerdotes á subir, despeñaban de lo alto á los cautivos, quienes no obstante que se estrellaban contra el suelo, eran en seguida sacrificados.

Con motivo de este horroroso sacrificio, dice Orozco y Berra: «Este culto era cruel. Como si no fueran suficientes los horrores de la víctima humana, los reyes pontífices y batalladores de Tenochtitlan por emulación supersticiosa, ó más bien por rencor contra los enemigos que suministraban los objetos para el sacrificio, fueron inventando exquisitas maneras de hacer más lenta y dolorosa la agonía del prisionero. Empedernido el corazón á la vista repetida de las escenas sangrientas, los fieles aprendieron á no perdonar su propio cuerpo; sus maceraciones y penitencias ponen miedo, maravillando que se repitiesen de una manera tan general y continuada. Por mucha que la paciencia sea al leer estas aberraciones, al fin brota del labio la maldición contra culto tan absurdo.»

Acerca del número de las víctimas, no andan conformes los autores; cosa puesta en razón, supuesto que no habiendo punto fijo de donde partir, las evaluaciones son á ojo, determinadas por el buen querer. El Sr. Zumárraga, en carta de 12 de Junio de 1524, asegura que sólo en México se sacrificaban 20,000 personas. Torquemada dice que es-

tos 20,000 eran únicamente de los niños. Según Gomara, pasaban de 50,000. Acosta afirma que en un solo día eran muertos en el imperio 5,000 y aun 20,000. El P. Durán se figura que el número de los que sucumbían en los altares igualaba al de los muertos de muerte natural. Opina Clavigero que eran muchos, sin poder señalarse el número. Por el contrario, el P. Las Casas limita los casos, á lo más en ciento al año. Por mucho que se disminuyan, siempre resultará que son excesivos. Ningún pueblo, por otra parte, se extremó tanto como el mexicano tan abominable costumbre. Si el número de los sacrificados no se puede fijar con exactitud, debe formarse idea por estos datos. Los prisioneros de guerra estaban destinados como víctimas; los mexicanos eran conquistadores, extendieron su dominio por un grande territorio, y de continuo llevaban sus armas contra las provincias independientes ó rebeldes: en todas las guerras no se procuraba tanto matar al enemigo, cuanto hacer el mayor número de cautivos. Las fiestas eran diarias, fuera de las solemnes de veinte en veinte días: no habiendo guerra, se ocurría en estas ocasiones á la guerra pactada y religiosa contra *Tlaxcalla*, *Cholollan* y *Huexotzinco*. Además, se preparaba una gran hecatombe para la coronación de cada uno de los reyes, ó cuando quería consagrarse algún nuevo monumento religioso. Espantan verdaderamente estas dos cifras; el número de los cráneos que los conquistadores vieron conservados en el *Tzonpantli*; el número de los sacrificados en la sola dedicación del templo mayor, que

fueron 20,000 según el CÓDICE TELLERIANO REMENSE, ó 20,400 según el CÓDICE VATICANO. Preciso está también tener en cuenta la gran cantidad de esclavos vendidos para los sacrificios.

Orozco y Berra, á propósito del número de las víctimas sacrificadas en las fiestas, dice:

«Tremendos cargos han sido fulminados contra los americanos por esta práctica impía. Para responder alzarón ya la voz nuestros compatriotas Clavigero y el Sr. Don José Fernando Ramírez: á su ejemplo vamos á decir también algunas palabras, en que sus luminosos escritos nos servirán de guías. Esta defensa y cuando digamos, como vamos á ver, no es solo en favor de las antiguas tribus, sino de la humanidad entera.

«No ha habido casi ninguna nación en el mundo, dice Clavigero, que no haya sacrificado víctimas humanas al objeto de su culto. Los Libros Santos nos dicen que los Amomitas quemaban á sus hijos en honor de su dios Moloch, y que lo mismo hacían otros pueblos de la tierra de Canaan. Los Israelitas imitaron alguna vez aquel ejemplo. Consta en el lib. IV de los Reyes, que Achaz y Manases, reyes de Judá, usaron aquel rito gentilico de pasar á sus hijos por las llamas. La expresion del texto sagrado parece indicar mas bien una lustracion ó consagracion que un holocausto; pero el salmo CV no nos permite dudar que los Israelitas sacrificaban realmente sus hijos á los dioses de los Cananeos, no bastando á retraerlos de aquella bárbara supersticion, los estupendos y admirables milagros obrados por el

brazo omnipotente del verdadero Dios. «*Commisti sunt inter gentes, et didicerunt opera eorum, et servierunt sculptilibus eorum, et factum est illis in scandalum. Et immolaverunt filios suos et filias suas Dæmoniis. Et effuderunt sanguinem innocentem; sanguinem filiarum suorum et filiarum suarum quas immolaverant sculptilibus Chanaan. Et infecta est terra in sanguinibus.*»

«De los egipcios sabemos por el testimonio de Maneton, sacerdote é historiador célebre de aquella nacion, citado por Eusebio de Cesarea, que cada dia se inmolaban tres víctimas en Heliópolis solo á la diosa Juno. Y no eran solo los Ammonitas, los Cananeos y los Egipcios los que obsequiaban de un modo tan inhumano á sus dioses Moloch, Belfégor y Juno; pues los Persas hacian iguales sacrificios á Mitra ó el sol, los Fenicios y los Cartagineses á Baal ó Saturno, los Cretenses á Jove, los Lacedemonios á Marte, los Focenses á Diana, los habitantes de Lesbos á Baco, los Tesalónicos al Centauro Quiron y á Peleo, los Galos á Eso y á Teutates, los Bardos de la Germania á Fuiston, y así otras naciones á sus dioses tutelares. Filon dice que los Fenicios, en sus calamidades públicas, ofrecian en sacrificio á su inhumano Baal los hijos que mas amaban, y Curcio afirma que lo mismo hicieron los Tirios hasta la conquista de su famosa ciudad. Sus compatriotas los Cartagineses observaban el mismo rito en honor de Saturno el Cruel, llamado así con justa razon. Sabemos que cuando fueron vencidos por Agátocles, rey de Siracusa para aplacar á su dios, que

creían irritado contra ellos, le sacrificaron 200 familias nobles, además de 300 jóvenes que espontáneamente se ofrecieron en holocausto para dar este testimonio de su valor, de su piedad para con los dioses y de su amor á la patria, y segun asegura Tertuliano, que como africano y poco posterior á aquella época, debía saberlo bien, aquellos sacrificios fueron usados en Africa hasta los tiempos del emperador Tiberio, como en las Galias hasta los de Claudio, segun dice Suetonio.»

«Los Pelasgos, antiguos habitantes de Italia, sacrificaban para obedecer á un oráculo, la décima parte de sus hijos, como cuenta Dionisio de Halicarnaso. Los romanos que fueron tan sanguinarios y supersticiosos, conocieron tambien aquellos sacrificios. Durante todo el tiempo del dominio de los reyes, inmolaron niños en honor de la diosa Maia, madre de los Lares, para implorar de ella la felicidad de sus casas. Indújoles á esta práctica, segun dice Macrobio, cierto oráculo de Apolo. Por Plinio sabemos que hasta el año 657 de la fundación de Roma, no se prohibieron los sacrificios humanos. «*DCLVII demun anno urbis, Cn. Corn. Lentulo Licinio Coss. Senatun consultum factum est, ne homo immolaretur.*» Mas no por esta prohibicion cesaron de un todo los ejemplos de aquella bárbara supersticion, pues Augusto, segun afirman varios escritores citados por Suetonio, despues de la toma de Perugia, donde se había fortificado el consul L. Antonio sacrificó en honor de su tio Julio Cesar, divinizado ya por los Romanos 300 hombres, parte senadores y parte caballeros, escogidos entre la

gente de Antonio, sobre un altar erigido al nuevo dios. *Perusia capta in pluribus animadvertit; orare veniant, vel excusare se conantibus una voce occurens, moriendum esse. Scribunt quidam trecentos et deditiis electos, utriusque ordinis ad aram D. Julio extractam Idib. Martiis victimarum more maclatos.*» Lactancio Firmiano que conocía á fondo á la nacion Romana y que floreció en el siglo IV de la Iglesia, dice expresamente que aun en sus tiempos se hacian aquellos sacrificios en Italia al dios Lacial. «*Nec Latini quidem hujus inmanitatis expertes fuerunt siquidem Latialis Jupiter etiam num sanguine colitur humano.*» Ni los españoles se preservaron de aquel horrible contagio. Estrabon cuenta en el lib. III, que los Lusitanos sacrificaban los prisioneros cortándoles la mano derecha para consagrarla á sus dioses, observando sus entrañas y guardándolas para sus agujeros; que todos los habitantes de los montes sacrificaban tambien á los prisioneros con sus caballos, ofreciendo ciento á ciento aquellas victimas al dios Marte, y hablando en general dice, que era propio de los españoles sacrificarse por sus amigos. No es ajeno de este modo de pensar lo que Silio Itálico cuenta de los Béticos sus antepasados, á saber, que despues de pasada la juventud, fastidiados de la vida, se daban muerte á sí mismos, lo que él elogia como una accion heroica:

«*Prodiga gens animæ et properare facillima mortem;*  
«*Nanque ubi transcendit florente viribus annos,*  
«*Impatiens ævi spernit venisse senectam,*  
«*Et fati modus in dextra est.*»

«Quien diria que ésta manía de los Béticos había despues de ser una moda en Francia y en Inglaterra? Viniendo á tiempos posteriores, el P. Mariana, hablando de los Godos, que ocuparon la España, dice así: «Porque estaban persuadidos que no tendría buen éxito la guerra, si no ofrecian sangre humana por el ejército, sacrificaban los prisioneros de guerra al dios Marte, al cual eran particularmente devotos, y tambien acostumbraban ofrecerle las primicias de los despojos, y suspender de las ramas de los árboles los pellejos de los que mataban.» Si no hubieran olvidado esta especie los españoles que escribieron la historia de México, y hubieran tenido presente lo que pasaba en su misma península, no se habrían maravillado tanto de los sacrificios de los mexicanos.»

«Dejando á Clavigero, encontramos en César Cantú: «La mayor de los pueblos Han inmolado víctimas humanas. Fenicios, Egipcios, Árabes, Cananeos, habitantes de Tiro y de Cartago, Persas, Atenienses, Lacedemonios, Jónicos, todos los griegos del continente y de las islas, Romanos, antiguos Bretones, Hispanos, Galos; todos han estado igualmente sumergidos en esta horrible preocupacion. Para conseguir el favor de los dioses, el rey de Moab ofreció á su hijo en holocausto sobre los muros de su capital, sitiada por los Israelitas, causando esta accion tal horror á los sitiadores, que al momento se alejaron. No puede menos de sentirse un estremecimiento de horror al leer en los autores, tanto antiguos como modernos, la descripcion de los sacrificios humanos, usados